

1.

En el boliche de ramos generales,  
con altas estanterías de madera  
pegadas a la pared, semivacías,  
y varias mesas, todos fuman,  
mientras juegan y se conversan,  
provocándose, o muestran el atado,  
abultando el bolsillo de la camisa  
o junto a los vasos, a un costado  
del mantelito donde alzan y lanzan  
los naipes -ah, pero no quedan,  
me asegura el patrón, cigarros:  
sólo "La Región", que pasa y pasa  
de mano en mano.

Por la vereda de la sombra,  
una perra, sigue, haciendo fiestas,  
la marcha del amo.

Sobre las vías, donde pastan  
tranquilas unas vacas, olvidaron,  
hace días, un convoy;  
torcido y polvoriento, a un lado  
del paso a nivel, el cartel dice  
todavía bien claro: "pare, mire,  
CUIDADO".

(de *Las vueltas del camino*)

**3.**

Al final, decía alguien  
por decir algo, no llovió nada:  
con la falta que hace el agua.  
Salió sin halo la luna llena,  
limpió el cielo, no llovió,  
en fin, nada.

Y al rato, el sonido nomás  
de los pocillos en bandeja  
desde la cocina, humeantes  
para que la vigilia,  
o retirados, ya fríos  
y con restos de azúcar,  
junto a cucharitas y ceniceros  
repletos de colillas  
y saquitos de té,

el chisporroteo de la cera  
al arder, en enormes candelabros,  
medio torcidas, las velas.

Al final, decía alguien  
por decir algo, con la falta  
que hace el agua.

(de *Las vueltas del camino*)

**El encuentro****I/El Negro**

Mientras las mujeres juntan  
las sobras en la fuente,  
apilan platos y vasos,  
sacuden el mantel  
en el patio y se ajustan  
el delantal y los guantes,

ya estamos viendo,  
desde el corredor, si viene  
el Negro.

¿Con quién juega  
Agrario?

Sin terminar el café  
nos levantamos de la mesa.  
Tía, el partido de Sportivo  
Agrario -no escucha nada-,  
el partido de Sportivo  
Agrario -el rojiblanco-.

¿Se van para la cancha?  
En la entrada frena  
el Negro la chata.  
Al llamado de la bocina,  
el motor en marcha,  
salimos con los perros  
como tiro. Tomá mate  
el Negro, la chata.

Mientras, las mujeres suben  
las sillas a la mesa  
-quédese, tía-, baldean  
el corredor y la cocina  
y, antes de la siesta,  
van a ver si las gallinas.

Juega un amistoso  
con un equipo de Peirano  
-¿de Peirano?-, que viene  
de empatar con Blanco y Negro  
de Alcorta, que viene  
de ganarle a la tercera  
de Central Córdoba.

(Fragmento del poema *El encuentro* correspondiente a *Al fuego*)

-Lluvia como ésta  
hacía tiempo  
que no se veía.

Los girasoles  
se asfixiaban  
en la tierra rajada,  
las pobres vacas  
iban asándose  
al rayo del sol,  
que mataba,  
los perros caían  
fulminados en el piso  
de la cocina no bien  
terminabas de baldear.

Y cuántas tardes,  
en que salían  
al corredor a rogar  
por una señal,  
el viento se llevaba  
las pocas nubes  
y el cielo anochecía  
despejado; no,  
no iba a llover,  
parecía que no iba  
a llover, pero “una masa  
de aire caliente del Brasil”,  
anunciada en el boletín  
con los precios del remate-  
feria de Colón, venía  
“en viaje hacia la región”,  
con el alivio de “tiempo  
inestable, viento del norte,  
lluvias y tormentas  
eléctricas, descenso  
de temperatura”, etc.

(de *El General*)

En lo de Amanda  
no se conversaba  
de otra cosa.  
Yo no sé, decía  
uno: si no caen  
unas gotas. Y otro,  
acodado con una copa:  
aunque más no sea  
unas gotas.

El General  
hacía guardia  
en la chata.

A la vuelta  
¿para qué iban  
a bajarse en el lote  
de girasol?  
¿para qué recorrer  
los surcos?  
¿para amargarse?

(de *El General*)